

varios disgustos. En primer lugar, estando cantándose entonces en la Fenice *El Tancredi* de Rossini, corrió el malévoló rumor de que Bellini criticaba esta ópera durante los ensayos de la suya, lo cual era tan falso, cuanto que Rossini no ha tenido admirador más sincero y entusiasta que Bellini. Estos rumores, sin embargo, le granjearon la animosidad de los venecianos. También contrarió mucho á Bellini la negligencia de sus colaborador Romani, quien, por entónces, se ocupaba más de sus amores que de los versos que debía hacer al compositor. Este suceso produjo una ruptura en sus afectuosas relaciones durante tantos años.

La primera representacion de la ópera verificóse en la Fenice el 16 de Marzo de 1833; pero, aunque la cantaron la Pasta, Anna del Sere, Cartagenova y Curioni, hizo un *fiasco* casi completo. Los venecianos, segun he dicho, estaban sin justo motivo indispuestos con Bellini, y cuando éste se presentó en la orquesta para sentarse delante del piano, manifestaron su mal humor, no disipado por la bella introduccion de la ópera y la salida á la escena de la Pasta. Expresado el descontento por signos inequívocos, la grande artista, que ignoraba el motivo y creyó era un injusto capricho del público respecto á ella, se encolerizó mucho. Con rara serenidad, aprovechó la ocasion de manifestar su disgusto en la escena entre el duque y Beatrice, cuando, desesperada, exclama con orgullo:—«*Si amar non puoi, rispetami*» en vez de dirigirse á su marido, se volvió vivamente al público y le lanzó este vehemente apóstrofe. Inmensa salva de aplausos acogió este atrevimiento, y la obra terminó sin escándalo, pero nunca tuvo grande éxito. Bellini había hecho cosas mejores, y una bella introduccion, un final notable y un admirable quinteto, no bastaban á salvar una partitura cuyas debilidades eran numerosas.

ARTURO POUJIN.

(Continuará.)

UN COMBATE DE HORMIGAS EN LOS ESTADOS-UNIDOS.

Difícilmente se encontraría en ciertas regiones de los Estados-Unidos un tallo de yerba, una ramilla de planta ó algunos metros cuadrados de terreno sin ver alguna hormiguita negra de las llamadas *erráticas* ó *locas*. Cuando se aplasta alguna hormiga de estas, exhala fuerte olor de ácido fórmico. Rápida en sus movimientos, no traza senderos como las de otras muchas especies; marcha por vías dispersas, pero siguiendo, sin embargo, la misma direccion durante muchos centenares de metros, siempre en movimiento, cruzando y volviendo á cruzar el camino y recorriendo tres ó cuatro

veces la distancia que la separa del punto á que quiere llegar.

Estas hormigas tienen depósitos á distancias iguales á lo largo del camino que recorren, visitándolos frecuentemente al pasar por las cercanías, pareciendo que consideran este deber como asunto grave. Sin embargo, pudiera suceder que lo que llamo almacén ó depósito resulte, despues de más detenido exámen, una línea de ciudades confederadas, entre las que se verifique activo y extenso comercio. En mi opinion, es imposible desconocer que en toda la línea ocupada por estas ciudades están establecidas relaciones de la manera más formal y completa.

Estropead una de estas hormigas en el camino que recorre y producireis violenta turbacion; visitarán y examinarán á la herida, y en ménos de cinco minutos se habrán acercado á ella más de quinientas compañeras de camino. Si ven que puede curar, le ayudarán hasta que se ponga en pié y pueda marchar con las demas cual si nada la hubiese sucedido; si muere, las otras la llevarán fuera del paso de la multitud... y los negocios continuarán su curso.

Lo verdaderamente curioso es que estas hormigas declaran algunas veces la guerra á las de los árboles, las de cabeza roja. Muchas veces el conflicto da ocasion á un desastre inmenso. Aunque las hormiguitas negras suelen llevar al campo de batalla un número diez veces mayor que el de sus enemigas las de cabeza roja, frecuentemente son derrotadas. La batalla que presencié entre estas dos especies duró de cuatro á cinco horas.

Algunas compañías se batian ya con encarnizamiento, cuando, al salir el sol, empecé á observarlas. Batianse en medio de un camino, y el número aumentaba rápidamente. La vulgar necesidad de almorzar me obligó á abandonar el observatorio; pero á mi regreso los dos ejércitos habian aumentado considerablemente, acudiendo incesantes refuerzos, y la batalla se extendia en una superficie de tres ó cuatro metros.

La disciplina y manera de combatir era completamente distinta en cada especie. Las negras atacaban á sus enemigas mordiéndoles las patas, y como eran mucho más numerosas que las de cabeza roja, cargaban dos ó tres contra una, consiguiendo estropearla, y así ponian considerable número fuera de combate. Las de cabeza roja, por el contrario, solamente trataban de decapitar á sus contrarias, consiguiéndolo con indecible destreza. La escena era terrible, y la muerte cosechaba ámpliamente en los dos bandos.

Muy pronto mandaron órdenes las hormiguitas negras para que acudiesen todas las reservas, y de las puertas de una de sus ciudades, situada á sesen-

ta pasos de distancia, empezaron á salir millares de individuos. Vefase que acudían á marchas forzadas, y era tal su número, que parecían una cinta negra extendida en el suelo y sin fin, porque continuaban saliendo de su ciudad por millares innumerables.

Desgraciadamente, en aquel instante su ejército comenzó á ceder en el campo de batalla, y empezó una derrota desastrosa en medio de un pánico general. En su desordenada fuga, las fugitivas encontraron las primeras filas de los refuerzos, comunicándolas su completo desastre. Entónces se generalizó el pánico, huyendo precipitadamente los refuerzos á refugiarse en la ciudad. En cinco minutos no quedó una hormiga negra viva sobre el campo de batalla. Parecióme que la noticia de aquella gran batalla y de sus desastrosos resultados había sido comunicada en derredor por las que no habían asistido al combate, siguiendo en sus diarias ocupaciones. Fuese así ó no, el hecho evidente es que desaparecieron todas las hormigas negras del terreno del combate y de las inmediaciones.

Poco despues acudieron á la ensangrentada llanura numerosos inspectores, dedicándose á rudo trabajo durante algunas horas. La mayor parte asistian á las numerosas heridas, llevándolas á la sombra de una elevada mota de tierra levantada por la rueda de algun carro pesadamente cargado, con objeto de resguardarlas de los abrasadores rayos del sol, porque eran las once del dia. Otra parte considerable de inspectores se ocupaba en recoger los troncos decapitados de las hormigas negras y llevarlos á un poste de encina, en el que tenían una ciudad, y que distaba poco del sitio del combate. Supongo que se proponían celebrar un festin con aquellas víctimas sin cabeza, inmoladas en honor del dios de la guerra.

Observábase grandisima actividad en las que asistian á las heridas, viéndose que hacían todo lo posible en obsequio de ellas y que las manifestaban mucha simpatia: en poco más de una hora reconocieron que gran parte de las heridas eran útiles aún para el trabajo, y las que parecían heridas de muerte las llevaban al poste con los cadáveres.

Aunque considerable número de las de cabeza roja estaban estropeadas y algunas de suma gravedad, muy pocas habían quedado muertas. Tambien las llevaron al poste con los decapitados troncos de sus enemigas. Cuando las victoriosas se retiraron del campo de batalla, solamente quedaron para indicar el sitio del combate las cabezas separadas de sus enemigas, siendo tan numerosas, que parecía habían derramado en aquel terreno semilla de adormideras.

DR. LINCEGUM.
(De los Estados Unidos.)

UNA VISITA AL SULTAN DE ZANZIBAR.

Pocos meses hace que Said-Mejid-Barcath, sultan de Zanzibar, ha visitado á Lóndres y Paris, excitando la curiosidad de ambas capitales el soberano, y la atencion de Europa sus dominios. Vamos á satisfacer una y otra, describiendo una visita al reino y al monarca.

La rada de Zanzibar, de tortuosa y difícil entrada, tiene en su fondo la ciudad en forma de media luna, cuyo centro ocupan casas todas encaladas y con terrados, y en sus extremos chozas pajizas, unas y otras bordadas de palmas, y el conjunto rodeado de bosques inmensos. Opuesta á la ciudad se dibuja la línea de la africana orilla.

Al dia siguiente de nuestra llegada desembarcamos, siendo saludados al poner pié en tierra con quince cañonazos disparados desde la ciudadela, enorme torre redonda y aspillerada. Aguardábanos el sultan á la puerta de su palacio, edificio cuadrado de tres pisos y extension vastísima, rodeado de los príncipes, sus parientes, ricamente vestidos, y él mismo nos introdujo en el vestibulo de mármol, donde formaba la guardia compuesta de una treintena de árabes armados de yataganes y arcabuces, y luégo en el salon de embajadores, sentándonos todos.

Said-Medjid tenía en 1864, época de nuestra visita, unos treinta años; su fisonomia era agradable y bondadosa, y sus vestidos, de sencillez elegante, solamente se distinguían de los de su comitiva por un cinturon de seda y oro, del cual salía el mango, cubierto de pedrería, de un magnifico puñal corvo. Al cabo de un cuarto de hora de conversacion, negros eunucos nos sirvieron, en tazas pequeñas, esmaltadas y pintadas, un delicioso café, accesorio indispensable en toda visita árabe, y señal de despedida; tomado el cual, nos despidió el sultan dándonos la mano, y volvimos á nuestros barcos, pasando por medio de dos filas de soldados vestidos con uniformes ingleses de la época de Jorge III, los cuales nos presentaban sus armas, miéntras los tantanes batían marcha, y la multitud, tan poco vestida como de sobra, para su clima, lo estaban los soldados, nos ensordecía con sus gritos de *yu, yu*.

Said-Medjid es el hijo segundo del Iman de Mascate, Said-Said, soberano de Mascate y Zanzibar, quien dejó el Imanato á su hijo mayor Said-Soneni, y al segundo, Zanzibar, isla de 70 kilómetros de larga por 20 en su mayor anchura, con la obligacion de pagar á su hermano 40.000 piastras anuales, jamás entregadas.

La capital está construída en una península unida por el Sur al resto de la isla por medio de un istmo de 500 metros de ancho, cuando más, y cuenta